

Hace poco que se marchó

Rubén Adail

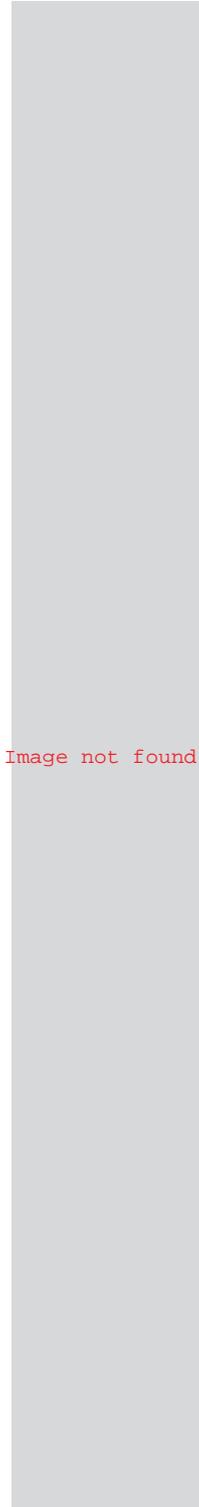


Image not found.

Capítulo 1

HACE POCO QUE SE MARCHÓ

Me despierto sudando y sobresaltado. El corazón parece que se me va a salir por la boca. Las palpitaciones son fuertes, como un continuo martilleo en mi pecho. Estoy solo. No hay nadie más conmigo. Hace poco que se marchó. Me levanto como puedo y me acerco al borde de la cama. Estoy asustado. No era una pesadilla. No era un sueño. Alguien estaba aquí conmigo. Alguien me acariciaba. Hacía poco que se marchó.

Bajo las escaleras torpemente, intentando evitar a mi pequeña gatita que está muy agitada. Llego a la cocina y comienzo a beber agua. Tengo la boca seca. El vaso se rompe. La he vuelto a sentir. Hace poco que se marchó y aún la siento.

Mira hacia detrás y no hay nadie. Recorro una tras otra, todas las habitaciones de la casa. Sigue sin haber nadie. Silencio. Únicamente hay silencio. No quiero volverme a dormir y me voy al sofá. Me mente está aturrida. ¿Tengo miedo? No lo sé. Me dispongo a liarme un cigarro, a ver si consigo algo de calma. Sé que es una estupidez, pero lo hago. Miro al infinito. Concentro mis cinco pobres sentidos en todo cuanto me rodea y lo único que oigo es el silencio de la noche. Vuelvo a liarme un cigarrillo. No quiero volver a dormir.

Alguien está llamando a la puerta. No hago caso. ¿Quién demonios llama a una casa a las 5:00 de la madrugada? Es en lo único en lo que puedo pensar ahora. Vuelve a insistir. Suelto el cigarro y me levanto furioso, dispuesto a gritarle al extraño que hubiera en mi puerta. La abro furioso y no hay nadie. No lo entiendo. Vuelvo a cerrar y apoyo mi cabeza en la mirilla. No hay nadie. ¿Qué cojones me está pasando?

Regreso al sofá y empiezo a pensar que se me está yendo la cabeza. Que todo es culpa mía. Quizás mi subconsciente está haciéndolo todo. Vuelvo a fumar. A lo mejor es ella. A lo mejor me está pidiendo permiso para entrar y cuidar de mí.

Todo es mi culpa. Si no hubiera... si no hubiera bebido aquella noche seguiría a mi lado. Las lágrimas no me calman, las pastillas no me calman y comienzo a pensar en si merezco estar aquí, en este mundo, sin ella. En que yo debería haber ocupado su lugar. En que mi cuerpo debería haber salido disparado por la luna del coche.

Vuelven a llamar a la puerta. Me acerco sigilosamente y vuelvo a mirar por la mirilla. No hay nadie. Permanezco ahí, en silencio, al acecho, como

si fuese un cazador esperando a su presa. Esperando a que vuelvan a llamar.

Se rompe mi espera...

Alguien toca mi hombro. Mi cuerpo se ha congelado. Ella se marchó hace poco. Es imposible. No me atrevo a darme la vuelta. Cierro los ojos y noto su mano en mi hombro. Su otra mano está en mi pecho. Me está rodeando. Es una sensación tan cálida. La vuelvo a sentir. Está conmigo. Me giro poco a poco y ahí está ella. Con su media sonrisa. Con su precioso pelo negro trenzado, mirandome dulcemente. No puedo hablar, mi corazón está a punto de explotar.

— ¿Qué es esto mi niña? ¿Cómo has vuelto? Dime que no estoy soñando, por favor. Dime que nada de esto ha pasado. Dime que esto ha sido la peor de las pesadillas...

Se acerca a mi oído y huelo su perfume. Me abraza y comienza a llorar. La abrazo con todas mis fuerzas. Quizás esta es una despedida...

—Mi vida, ¿por qué lo has hecho? ¿Por qué has venido a buscarme? Aún no era tu hora...